

LAS HORAS FINALES DEL CASTILLO DE MONSERRATE





© Albeiro Echavarría, 2020

© Editorial Planeta Colombiana S. A.

Calle 73 n.º 7-60, Bogotá

www.planetadelibros.com.co

www.planetalector.com.co

Primera edición en Colombia: septiembre de 2020

ISBN 13: 978-958-42-8605-5

ISBN 10: 958-42-8605-6

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

LAS HORAS FINALES DEL CASTILLO DE MONSERRATE

Albeiro Echavarría





*A mi esposa Carolina
A mis hijos Juana y Jacobo*





PRÓLOGO

El cielo encapotado fue el más claro indicio de que se avecinaba una tormenta. Una espesa neblina cubría el cerro de Monserrate mientras en la montaña de enfrente —el cerro de Guadalupe— los relámpagos creaban imágenes fantasmagóricas. Las gallinas de una granja cercana corrieron a guarecerse como si ya hubiera llegado la noche. Del funicular descendió el último grupo de turistas. Extasiados por la vista que ofrecía la ciudad, descendieron con algarabía y se dispersaron por el camino hacia la ermita, entre cuchicheos y poses para las cámaras.

Algunos de esos turistas intercambiaron —minutos antes— sonrisas pícaras cuando sonó una canción por los parlantes del funicular:

El que a Bogotá no ha ido con su novia a Monserrate no sabe lo que es canela ni tamal con chocolate.

Otros se enteraron, por un guía bilingüe de ojos negros y dientes prominentes, que la gente creía que el cerro de Monserrate era en realidad un volcán dormido, y se miraron con cierta incredulidad.

Lo que nadie tenía por qué saber era que en las entrañas del cerro bullía otra clase de actividad, porque, en vez de fuego, lo que albergaba la montaña era uno de los secretos mejor guardados de la humanidad.

Pero los turistas que se habían congregado aquel día iban picados por la curiosidad de conocer uno de los lugares más emblemáticos de Bogotá. En lo más alto se erguía la Basílica del Señor Caído de Monserrate, cuya historia se remontaba a 1650. En los libros de historia decía que la capilla había sido mandada a construir por Pedro de Solís y Valenzuela.

Eran pocos los que sabían que Pedro de Solís abanderó semejante empresa llevado por otros motivos además del religioso: este criollo se propuso construir un convento subterráneo en una cueva que él mismo había descubierto durante una de sus tantas excursiones por la montaña.

Pedro de Solís era tan dado a los asuntos monacales como a los vericuetos del lenguaje. Antes de hacerse monje escribió la primera novela hispanoamericana, titulada *Desierto prodigioso y prodigio del desierto*. Y allí puso, en boca de Arsenio —el protagonista de su historia— la impresión que le produjo el descubrimiento de la gran cueva en la parte posterior del cerro de Monserrate:

¡Oh, sepulcro venturoso que a los muertos das vida, y a los vivos trasladadas a la muerte!

Desde ese momento comenzó a tomar forma en su cabeza la idea de construir en esa gran cueva un convento subterráneo que albergara un capítulo de la Orden de los Cartujos, cuyos religiosos vivían en la más completa austeridad y aislamiento, y de la cual él quería hacer parte. El hombre contaba con una gran fortuna heredada de su padre, e inició la obra en total secreto mientras los

bogotanos creían que los obreros estaban dedicados a la construcción de la capilla.

La cueva era rica en estalactitas: delicadas formaciones de piedra calcárea que colgaban del techo y que daban la idea de un castillo encantado. Pedro Solís conservó las formaciones naturales y adecuó nuevos espacios para el refectorio, el claustro y la sala capitular, hasta convertir el lugar en un verdadero convento subterráneo. En una galería aun más profunda, se adecuaron las celdas de los monjes. Este lugar, al que se accedía mediante un torno, sería conocido como el Socavón, pero en su conjunto toda la edificación recibiría el nombre de Castillo de Monserrate.

Para completar la obra, construyó dos ascensores rudimentarios: uno que llegaba hasta la superficie donde estaba la capilla en honor a la Virgen de Monserrate, y otro que descendía hasta la base de la montaña y que conectaba con un pasadizo secreto. Años después, este último se conocería como *el ascensor del escarabajo*.

Por esos días, mientras las obras marchaban a ritmo acelerado, a Pedro de Solís le fue comisionada —gracias a su buen nombre y a sus buenas relaciones con el clero— la misión de llevar a España el cadáver incorrupto del arzobispo de Santa Fe, Bernardino de Almansa.

Pedro de Solís viajó a España con el cadáver del arzobispo y años después regresó de incógnito a la Nueva Granada en un galeón en el que viajaban, además de él, una selecta tripulación, cinco monjes de la Orden Terneceitiana y veintiséis enanos inmortales que

custodiaban veintiséis misteriosas piedras de magnalita recubiertas de diamante.

El destino de los extraños visitantes fue precisamente el Castillo de Monserrate. Los enanos fueron instalados en el Socavón y los monjes conservaron un espacio en la parte superior, a la que hubo que hacerle nuevas adecuaciones.

Pedro de Solís había sido escogido por el rey de España, Felipe IV, para traer al Nuevo Mundo un cargamento excepcional: ¡las matrices del alfabeto latino!

Las matrices habían sido creadas por el dios Hermes en una isla cerca de Grecia conocida como Aboraz y estuvieron bajo la protección exclusiva de los veintiséis enanos inmortales durante muchos siglos.

El dios griego Hermes se vio en la necesidad de crear las matrices, al lamentar que los hombres no fueran inmortales y que además no poseyeran una memoria prodigiosa para preservar la historia y el conocimiento. Entonces, Hermes, provisto del caduceo —un bastón con dos serpientes entrelazadas que le había regalado su hermano Apolo— se dirigió a Aboraz, que era en verdad una enorme piedra de magnalita caída del espacio. Estando allí, invocó los poderes de su padre Zeus y, con un toque del bastón, logró que la roca se dividiera en dos: en ese instante, se separaron las serpientes que iban aferradas al caduceo. Una lanzó un rayo de fuego sobre un pedazo de roca, creando las veintiséis matrices del alfabeto y la otra hizo lo mismo con la otra mitad de roca, dando vida a los veintiséis enanos inmortales que habrían de

proteger las matrices del alfabeto latino.

Los enanos se quedaron allí, custodiando las matrices, mientras afuera los griegos empezaban a utilizar ciertos caracteres del alfabeto. Las letras debían adquirir forma en la mente de las personas, quienes debían sentir, como le ocurrió a Hermes, la necesidad de poner signos a las palabras que pronunciaban. Y fue así como llegó un momento en el que los colonos griegos que llegaron a la ciudad italiana de Cumas, dieron forma a las veintiséis letras, alentados, sin saberlo, por las matrices que reposaban en Aboraz.

Pasó el tiempo y el latín se expandió por el mundo, formando las lenguas romances como el francés, el español y el italiano. Pero la isla Aboraz estaba en peligro de ser descubierta, lo que habría sido fatal para las matrices y sus guardianes. Todo eso lo había previsto el dios Hermes, por ello les encargó a los enanos una misión salvadora.

Un día, el veintinueve de septiembre de 1547, tres enanos se presentaron ante el rey más poderoso del mundo, Felipe II, rey de España, Portugal e Inglaterra, le revelaron el secreto de las matrices y pusieron a estas y a los mismos enanos bajo su protección. No fue coincidencia que ese mismo día naciera en Alcalá de Henares, Miguel de Cervantes Saavedra, quien habría de escribir la obra cumbre de la literatura mundial: *El Quijote de la Mancha*.

Desde entonces, las matrices se convirtieron en el secreto mejor guardado de los reyes de España; y fue uno de esos soberanos, Felipe IV, quien años después, por

temor a que las matrices cayeran en manos de invasores —especialmente franceses—, decidió esconderlas en una de sus posesiones más lejanas de ultramar.

Después de pedir consejo a Juan Fernández de Córdoba y Coalla, presidente de la Real Audiencia, el rey estableció contacto con el criollo santafereño Pedro de Solís —conocido por ser un hombre ilustrado, de gran fortuna y alma piadosa—, quien le indicó que tenía el lugar perfecto para poner las matrices a buen resguardo: su recién construido castillo subterráneo en el cerro de Monserrate.

Allí permanecieron muchos años las matrices, los enanos y los monjes, incluso después de la muerte de Pedro de Solís. La Orden Terneceñana, nacida de la Orden de los Cartujos, se encargó de que el secreto se mantuviera oculto bajo la montaña durante muchos años; y cuando en 1713 fue fundada la Real Academia Española, el tesoro de Monserrate quedó bajo su dirección y tutela.

Exactamente trescientos años después —en aquel día lluvioso de 2013—, mientras arriba los turistas visitaban al Señor Caído y se paseaban por los puestos de artesanías, en el Socavón habría de ocurrir un acontecimiento extraordinario que cambiaría el destino de los veintiséis enanos y sus cinco monjes guardianes.

LOS HABITANTES DEL SOCAVÓN

A eso de las cuatro de la tarde, Isabel Ibáñez cerró la puerta del salón principal y los asistentes se acomodaron en sus butacas de cerezo. Un rayo cayó a escasos metros del respiradero principal, haciendo estremecer los objetos de la sala y dejando todo en penumbras. Un enano corrió hacia un mueble ubicado en una esquina y trajo una cerilla con la que encendió las ocho velas de un candelabro de bronce en forma de pulpo. La sombra de sus brazos se extendió por toda la habitación, creando una sensación intimidante.

Después de un corto saludo, los presentes dirigieron sus miradas hacia la butaca vacía instalada en la mitad del recinto. Era de oro puro. En una de sus patas refulgía una letra A y en la otra una letra Z. Ambas letras estaban labradas en piedras de diorita procedentes de la antigua Mesopotamia. La misma piedra en la que algún día fue tallado el código de Hammurabi que contenía las leyes más antiguas.

Al unísono, como si hubieran ensayado para una coreografía, los invitados miraron a Pernacius Petaplán, más conocido como P. Este se dirigía hacia la preciosa butaca en su calidad de presidente encargado. Por su aspecto desaliñado y la irritación de sus ojos, debía llevar

varios días en vela. Su figura era esbelta y su rostro muy hermoso y lampiño. Él compartía estas características con los otros doce hombres, al igual que el pelo mono rizado, el color canela de la piel y el gris de los ojos. Medía ciento diez centímetros, mientras que sus colegas mujeres eran un centímetro más altas y tenían el cabello lacio y negro, cortado a la altura de los hombros.

Los veintiséis enanos habían nacido con los atributos físicos del dios Hermes. Además tenían poder extraordinario sobre la palabra escrita y podían descifrar todos los significados ocultos en los textos. Y lo más importante: eran eternamente jóvenes. Su edad se había congelado a los cuarenta años, lo que garantizaba que fueran prudentes, cautelosos y circunspectos.

Pernacius, cuya cabeza era sutilmente más grande que la de los demás, se sentó en el lugar que había ocupado Alfa durante más de trescientos sesenta años. Lo hizo con abierta actitud pedante, aunque sabía que el asiento no le pertenecía y solo podía ocuparlo durante el tiempo que durase la reunión. Después adoptó un aire sombrío. Saludó a sus colegas —uno por uno y por su nombre— y a continuación, alzando la voz por encima del estruendo producido por los rayos, dijo las palabras que nadie hubiera querido escuchar:

—Durante siglos los enanos Aboraz, provenientes de la desaparecida isla Aboraz, hemos cumplido con nuestra misión de ser los guardianes eternos de las matrices de las letras del alfabeto latino. Aquí encerrados en esta cueva de Monserrate, donde solo entra la luz del sol por

algunas rendijas, hemos visto pasar tiempos de guerra y de paz, épocas de bonanza y de sequía, de alborozo y de tristeza. Los muros de piedra de este castillo subterráneo nos han mantenido alejados de la natural curiosidad humana y de los placeres del mundo exterior. Pero hoy, día fatal para la humanidad, una larga y pérfida sombra se abate sobre nuestros corazones, como la nube gris que ahora se levanta sobre este castillo. Después de tres días de intensa búsqueda, declaro oficialmente que Alfa Azucena está desaparecida. ¡La excelentísima guardiana de la letra A desapareció, llevándose consigo el gran tesoro que juró defender con su vida! O lo que es lo mismo: ¡la letra A desapareció, arrastrando a Alfa Azucena!

Un breve murmullo recorrió la estancia. Bernabé Berriopinto —ubicado en uno de los extremos de la mesa— cambió de posición en su silla. Su corazón latía de una forma inusual. Miró con disimulo a Denicius Delgado: una mueca contraía el rostro de su buen amigo. Ambos tenían poderosos motivos para creer que Pernacius Petaplán iba a involucrarlos en los terribles hechos. Habían sido indagados por un comité en horas de la mañana. Ellos —de por sí tímidos y poco habituados a los interrogatorios— fueron vagos en sus respuestas. Ambos coincidieron en afirmar que no recordaban nada. Sus mentes habían quedado en blanco en algún momento de la historia. Ninguno de los dos recordaba dónde se encontraban y qué estaban haciendo en el preciso instante en el que ocurrieron los hechos. Fue como si gracias

a un toque mágico alguien los hubiese inducido a un profundo estado de amnesia.

Pernacius le dirigió a Bernabé una mirada inquisidora —que lo turbó aun más— mientras alzaba de nuevo el tono de su voz para evitar que la tormenta arrasara con sus palabras:

—Lo que no hubiéramos imaginado ni en nuestras peores pesadillas está ocurriendo ahora mismo —dijo Pernacius con rostro compungido—. Isabel Ibáñez, magnífica investigadora y experta en informática, me informó hace menos de una hora que la letra A desapareció en todos los computadores que utilizan el alfabeto latino. Todo el mundo cree que es a causa de un terrible virus lanzado por una banda de piratas informáticos, o *hackers*, como se les conoce allá afuera. Los expertos en sistemas trabajan a toda prisa para detectar el problema. Pero solo nosotros, los enanos Aboraz, guardianes eternos del alfabeto, sabemos la verdad.

Un nuevo trueno sacudió la estancia. Dio la impresión de que el largo vitral de la sala, enclavado entre dos rocas, con la figura de una medusa grabada en tonos pastel, iba a estallar en millones de astillas. Pernacius se acomodó el botón del cuello de su arrugada camisa blanca y lanzó una exclamación que rivalizó con los ruidos de la tormenta:

—¡Esto es obra de los Sulfuristas! —dijo elevando los dedos índice—. Solo ellos tienen el poder suficiente para penetrar en el Socavón. Y de haberlo hecho, han debido recibir la ayuda de alguien al interior de este castillo.

Un suave murmullo se extendió por todo el salón. Pernacius se trasladó de la silla de oro a un pequeño atril que Alfa Azucena ocupaba cuando quería enfatizar sus palabras.

—Las letras del alfabeto latino deben permanecer unidas a sus guardianes. De lo contrario, se borrarán del recuerdo de los seres humanos —expresó Pernacius desde su privilegiada posición—. Estas letras, cuyos orígenes se remontan al acto creador del dios Hermes, y posteriormente al alfabeto usado por los primeros colonos griegos que se establecieron en la ciudad italiana de Cumas, han permanecido bajo nuestra custodia durante muchos siglos. ¡Si en cuarenta horas Alfa no aparece, se borrará la huella de su existencia y las consecuencias serán desastrosas! La letra A no solo desaparecerá en los computadores, sino en todos los textos escritos, desde el papel hasta el mármol, y por último se extinguirá en el lenguaje hablado; y muchas palabras quedarán sin sentido, creando una terrible confusión y obligando a los usuarios del alfabeto latino a reemplazar todas las palabras que lleven la letra A. El caos no solo sobrevendrá en alfabetos tan universales como el castellano, el inglés, el francés, el italiano o el portugués, sino en otros alfabetos como el tagalo, el azerí o el asturiano. Nuestra obligación es encontrar a Alfa Azucena y a su matriz antes de cuarenta horas.

En ese momento, Ernesto Elcipiades pidió la palabra. Era un escritor consumado. Sus volúmenes ocupaban recintos enteros del palacio subterráneo. Escribía tanto —con una prosa elegante y estilizada—, que los

veintiséis enanos que ocupaban el castillo no daban abasto para leer todo lo que producía su febril imaginación. Todo lo escribía en una antiquísima máquina de escribir *Underwood*, que había tardado diez años en usar después de que se la regalaron. Pero cuando lo hizo —gracias a unas clases de mecanografía que le dio su amigo Telésforo Terapito—, no hubo poder humano que lo alejara de ese portentoso artefacto que obraba el milagro de poner sobre el papel las interminables historias que salían de la imaginación del escritor, y que tenían el doble efecto de crispas los nervios de los habitantes del Socavón con su parejo e interminable claqueo.

Ernesto Elcipiades pidió permiso para ir a su habitación. Cuando regresó traía su vieja máquina. La puso en la mitad de la mesa y le explicó a todos que en el tipo donde debía estar la letra A había un espacio marrón, completamente liso. Elcipiades dijo que había escrito hasta la madrugada y que al levantarse quiso terminar una frase y notó que faltaba la letra. ¡Ni señas de ella! Y no fue que la letra A hubiera desaparecido por el uso. Todos los tipos tenían un recubrimiento en acero que los protegía del golpeteo continuo, y una fina capa de goma que les permitía lucir como nuevos a pesar del desafortado trabajado al que eran sometidos. El tipo perteneciente a la letra A se había esfumado, aunque la letra permanecía en el teclado.

—Esto prueba que la desaparición de A en los procesadores de palabras no se debe a un maligno virus —recalcó Pernacius Petaplán—. Nadie se ha dado cuenta

de que las viejas máquinas de escribir están perdiendo el tipo A porque ya nadie las usa. Debo insistir en esto: si Alfa Azucena no aparece en cuarenta horas, la letra A empezará a borrarse en los teclados sin que medie lógica ni explicación alguna para los usuarios. Y entonces sobrevendrá el caos.

—¿Y los monjes? —preguntó Úrsula Umaña, una enana que parecía tener el don de la ubicuidad, en especial cuando sus compañeros sufrían de urticaria por causa del frío bogotano y ella corría a ungirlos con extracto de urchilla—. ¿Qué saben ellos de lo que está ocurriendo?

—Ayer en la tarde hablé con Arsenio —respondió Pernacius—. Al parecer no está enterado. Lo ideal sería investigar sin levantar una polvareda.

Como había ocurrido a lo largo de tantos años, la única comunicación que tenían los enanos con otros seres humanos era a través de cinco monjes de la misteriosa Orden Ternecitiana.

Los monjes seguían ocupando la parte más cómoda del castillo subterráneo: el salón capitular, la sacristía y los dormitorios ubicados en la parte intermedia. Su trabajo —además de asistir a maitines, asear el castillo o hacer los mandados— consistía en fabricar los panecillos de miel con que se alimentaban los enanos. Siempre a la misma hora —siete y treinta de la mañana—, un monje se ubicaba al otro lado de un torno ubicado al final de un socavón de piedra; digitaba una clave, hacía sonar un timbre y empezaba a despachar los panecillos en veintiséis bolsas de fieltro negro.

—No estaría de más interrogar a Alberto —sugirió Isabel Ibáñez—. Ese monje no me inspira confianza. Es el único que hace preguntas. Debe ser porque es joven e inexperto.

—¡Habla tú con él! —ordenó Pernacius con entusiasmo—. Debemos manejar este asunto con mucho sigilo. Si hago nuevas preguntas van a sospechar. Encárgate tú de investigar a los monjes.

Era lo que Isabel Ibáñez deseaba. La vida en el castillo se le hacía monótona. Su fama de investigadora se la había ganado resolviendo los pequeños problemas cotidianos que se presentaban entre los enanos. Pero podían pasar meses enteros sin que sus servicios fueran requeridos. Además —y esto era lo más importante—, ella no quería formar parte del equipo de investigaciones internas que había nombrado Pernacius Petaplán la tarde anterior. Sus colegas estaban convencidos de que Bernabé Beriopinto y Denicius Delgado ocultaban información acerca del asunto. O lo que es peor: que trabajaban en secreto para los Sulfuristas. Isabel se sentía impedida para adelantar pesquisas en torno a Bernabé, siendo este su mejor amigo y confidente. Por eso quería hacerse a un lado.

Cuando Pernacius Petaplán se disponía a formalizar la acusación contra los dos sospechosos, la tormenta amainó. Fue como si una mano invisible hubiera descorrido un velo frente a todos los presentes. Los enanos se miraron confundidos. Nunca un silencio fue tan inoportuno.